

LA MUJER MODERNA

El aspecto de la mujer revela que no está destinada ni á los grandes trabajos de la inteligencia, ni á los grandes trabajos materiales. Paga su deuda á la vida no con la acción, sino con el sufrimiento; tiene que obedecer al hombre, ser una compañera que lo serene. No está hecha para los esfuerzos ni para las penas. Su vida puede transcurrir más silenciosa, más insignificante y más dulce que la del hombre, sin ser, por naturaleza, mejor ni peor que éste. Lo que hace á las mujeres particularmente aptas para cuidar la primera infancia, es que ellas mismas continúan siendo pueriles, fútiles y limitadas de inteligencia. Permanecen toda su vida, niños grandes, una especie de intermedio entre el niño y el hombre. En las jóvenes solteras, la naturaleza ha querido lo que en estilo dramático se llama un efecto teatral. Durante algunos años las engalana con una belleza, una gracia y una perfección extraordinarias, á expensas de todo el resto de su vida, á fin de que durante esos rápidos años de esplendor puedan apoderarse de la imaginación de un hombre y arrastrarle á cargar con ellas de cualquier modo. No ven más que lo que tienen delante de los ojos, se fijan solo en lo presente, toman las apariencias por la realidad y prefieren las frustrerías á las cosas más importantes. La débil razón de la mujer no participa de esas ventajas ni de esos inconvenientes. Padece de miopía intelectual que, por una especie de intuición, le permite ver de un modo penetrante las cosas próximas; pero su horizonte es muy pequeño y se le escapan las cosas lejanas. De ahí que todo lo que no es inmediato obre más débilmente sobre la mujer que sobre nosotros. De ahí también, esa frecuente inclinación á la prodigalidad, que á veces confina con la demencia. Las mujeres se imaginan que los hombres han venido al mundo para ganar dinero y ellas para gastarlo. Si se ven impedidas de hacerlo mientras vive su marido, se desquitan después de muerto. Y lo que contribuye á confirmarlas en esta convicción, es que el marido les da el dinero y las encarga de los gastos de la casa. El disimulo es innato en la mujer, lo mismo en la más aguda que en la más torpe. Es en ella natural su uso en todas las ocasiones como en un animal atacado, el defenderse con sus armas naturales. Lo cual hace que sea casi imposible encontrar una mujer verídica y sincera. Las mujeres viven más para la especie que

*Demuestras aquí
mercante, una miopía
algo más fr. lamentable!*

para los individuos. Esto es lo que da á todo su ser y á su conducta, cierta ligereza y miras opuestas á las del hombre. Los hombres son indiferentes entre sí, las mujeres enemigas. Esto depende de que la rivalidad está restringida entre los hombres, á los de cada oficio; abarca en las mujeres toda la especie, porque todas no tienen más que un mismo oficio y un mismo negocio. Basta que se encuentren para que crucen miradas de güelfos y gibelinos.

Esta no es mi opinión; es la opinión de un darwinista en traje de tul, que concibe á la mujer como un complemento subordinado al sujeto de la gran actividad que determina: el hombre.

¿Qué lugar corresponde á la mujer en nuestro organismo social, para que llegue á ser un miembro completo, en posesión de los derechos inherentes á todos, con la facultad de dar la medida de su actividad y dueña de cultivar por entero y en todas direcciones sus fuerzas y aptitudes? Problema es éste, que se confunde con el de saber qué forma, qué organización debe recibir la sociedad futura para sustituir la opresión, la explotación, la necesidad y la miseria, por una humanidad libre. Una sociedad sana, en lo físico como en lo moral. Lo que se llama el problema de la mujer, no constituye sino un aspecto de la cuestión social. Formando las mujeres interesadas en la solución, la mitad impónese necesariamente un estudio de este asunto, justificado por sí mismo. Sostienen unos que el lugar que le corresponde está señalado por su vocación á ser esposa y madre y la confinan al estrecho círculo del hogar. Todo lo que extralimite las cuatro paredes, todo lo que no está en relación inmediata y visible con sus deberes domésticos, no es incumbencia suya. Los que así piensan, creen con ello acabar el asunto. Que haya millones de mujeres que no estén en condiciones de ser amas de casa ó madres de familia, la «vocación natural» que se le adjudica; que otros millones falten á esta vocación porque el matrimonio es para ellas un yugo; que se vean muchas obligadas á arrastrar una vida de hambre y de necesidades, todo esto no desasosiega. Ante hechos tan tristes y elocuentes se vendan los ojos y tapan los oídos y se consuelan con decir que así ha sido y será. No quieren saber del derecho á participar de las conquistas, á servirse de ellas para mejorar su situación y desarrollar sus aptitudes. Otros sostienen que no ha existido época alguna en que las mujeres se hayan visto en peor situación que hoy, comparada á la que ocupa el otro sexo; confiesan que por tal anomalía urge mejorar su suerte, mientras dura el período en que, entregada á sí misma, ha de ganarse el pan; y juzgan resuelta la cuestión en cuanto arriba al puerto del matrimonio. Piden que todos los ramos del trabajo se abran y faciliten, de suerte que pueda entrar en concurrencia con el hombre. Los más avanzados quieren que no se reduzca esta concurrencia al terreno de las tareas vulgares y de las funciones ínfimas, sino que se extienda al dominio de las artes y de las ciencias. Reclaman la admisión de las mujeres á la enseñanza académica, que se las permita asistir á las cátedras de estudios superiores y proponen las diversas ramificaciones del profesorado, las funciones médicas y los empleos del estado (correos, telégrafos, caminos de hierro), para

los que las consideran especialmente dotadas, citando en su apoyo los resultados prácticos obtenidos en la América del Norte: La solución completa del problema de la mujer, y entendemos por solución no solo que la mujer debe ser jurídicamente igual al hombre, sino que debe gozar de la plenitud de su libertad económica, es tan posible en las condiciones sociales y políticas de este momento como la de la cuestión obrera.

Esta es la opinión de un filósofo de nota, germano como el anterior, que pretende una solución á esta lucha agitada y violenta en que vive la humanidad donde son más los oprimidos que los opresores, para alcanzar una era feliz y tranquila.

¿Cuál es el tipo de la mujer moderna? La respuesta sería fútil como la pregunta. ¿Cuál daríamos acerca del hombre moderno? Los autores numerosos á punto de que no bastaría una conferencia para citar sus obras, se han ocupado de decirnos lo que la mujer hace; su papel futuro; acentuar contra el desmán feminista, su papel de Cornelia; alma del hogar, dárnosla obediente y sumisa á los dictados del hombre; de proclamar su emancipación é ingerencia en las actividades, para compartir por igual con el hombre las fatigas del trabajo y los placeres del triunfo. Tesis tan interesantes, más apasionadas que razonadas, no han convencido sino han formado bandos. Llevan en sí el pecado de las disquisiciones que no precisan los términos del problema. La actividad de un pueblo es una capitalización de aptitudes por gremios contra la necesidad así como la del individuo es una capitalización de funciones y órganos contra la desintegridad.

El trabajo no tiene sexos sino capacidades. La mujer es al par del hombre una suma de capacidades. Debemos tratar de utilizarlas no de contenerlas desde que en el mundo todo es aplicación de fuerzas y á la vez economía. Estas capacidades, no por su valor intrínseco, sino relativo comparadas á las del hombre, ¿cuáles son? si es que es dado al hombre resolver fenómenos sujetos á leyes extrañas á su campo de experimentación y superiores á su voluntad.

El trabajo es no la aspiración, sino la obligación, porque ningún economista, ni por espíritu paradógico, ha sostenido nunca que los brazos sobran y la materia falta. Entonces no hay otro argumento para señalar tareas á la mujer, tareas al hombre que el de las aptitudes.

Necesitamos despojarnos, tal vez de lo difícil, del prejuicio; substraernos al impresionismo; no dogmatizar y abrirnos á la prueba experimental para comprender una situación que los acontecimientos definen ya, contra la grito de los que pontifican saturados de doctrinas que no han comprobado sino en las hermanas, la esposa, la madre y la abuela. De ahí ese escolasticismo en el círculo vicioso de la dialéctica que produce tantas opiniones como temperamentos

Se dice: «la mujer doméstica»; tengo bajo mis ojos libros que claman por ella. Mientras tanto la buena cocina tiene un chef y la mujer considera algo así como una tortura, encender el fuego, atender la olla, lavar los platos y tender la mesa. El buen vestido

tiene un cortador; la buena limpieza un mucamo, la buena caja una cajera, el hogar invadido por el hombre, el comercio por la mujer. Es que no se trata de inversiones sino de aptitudes. Un concepto falso de la vida pública, ha gerarquizado las ocupaciones, no por su utilidad y complicación sino por su exterioridad, en razón de que se cuida más la sala que la cocina. Y Ferri, sabedlo, debe su maravillosa facundia á la cocina y á la cama.

El papel de la mujer en el mundo, dice un escritor, es demasiado considerable para no conservar sus preciosas condiciones naturales de esposa y madre, el papel del hombre no lo es menos para conservar sus preciosas cualidades de esposo y padre. Siempre estamos en el terreno movedizo del sentimentalismo.

La estadística, seca pero elocuente, nos dice que la mujer destinada á esposa y madre con un marido capaz de reducir con éxito las necesidades del hogar, forma un porcentaje bajo. Hay un fuerte contingente de mujeres que no se casan, hay otro fuerte contingente que enviuda; otro fuerte contingente que aspira á casarse; otro que trabaja y provee como un hombre la caja del hogar. En Francia los 8 millones de casadas, es decir más domésticas, se reparten, dice Lapie, de esta manera: 200 mil ociosas; si frívolas, frecuentan las tiendas y los salones; si formales, las obras de beneficencia, en todo caso no son absorbidas por los intereses del hogar, y si bien sus opiniones no son conservadoras, contribuyen de hecho á la revolución que disuelve la familia.

900 mil trabajan en el comercio, en el taller en la enseñanza, en los empleos, lejos del marido. Y 6 millones en el campo, obreras á domicilio, mucamas. De lo cual resulta que no todas deben someterse al mismo régimen y no todas necesitan para que la Humanidad viva en paz y sea dichosa, una monarquía masculina.

La esposa madre, un gremio reducido, entregada á los quehaceres del hogar, tal vez no la ofrezca ya, el mismo campesino. Los servicios de esta unidad llamada familia cuando la componen padre y varios hijos sin una fortuna por renta, se hacen con tal deficiencia, con tan poco placer para el espíritu y tanto sacrificio para la voluntad, que la obra doméstica deja de ser tarea de la dueña de de casa cuando los nuevos horizontes como hoy, son amplios y la eximen de funciones que exigen ánimo dispuesto y preparación.

De esta tendencia no debemos alarmarnos; la especie no morirá; con medios más abundantes — porque cada mujer dedicada solo al trabajo por el que cultivó sus aptitudes, producirá más, — y sin miserias, contribuirá al vigor físico, moral é intelectual de su prole, porque sus hijos serán atendidos tal vez por el estado, tal vez por cooperativas, con el noble propósito de formar el individuo para la sociedad. Es decir, la cocina, el alimento, el vestido, la higiene, el ejercicio, la instrucción, la disciplina, el paseo no serán quehaceres de una señora mal preparada y sin medios para asegurar el éxito físico mental del hijo sino de muchas personas que no discutirán con las necesidades, y las preocupaciones y la desorientación, el trabajo que las incumbe. No es una utopía. Hoy los hogares pudientes en Estados Unidos más que aquí, colocan sus hijos, siete, diez, quince

años, en los internados hasta hacerles hombres; los hogares necesitados buscan un asilo de párvulos y escuela de artes y oficios que los retengan. Aquél ó éste realizan una substracción, por supuesto, ventajosa al estado, del elemento más doméstico. Los padres ocupan luego un departamento ó erigen en hotel su villa, y ya tenéis á los quehaceres reducidos á su expresión mínima. De aquí á una organización definitiva de lo que llamaríamos la última expresión del hogar no es sino obra de pasos y reflexión para entregarse ya no al hotel y al internado que especulan, sino al hotel y al internado que cooperan. Por ejemplo: no hay una señora que no lamente el «mal servicio» de las cocineras que las mudan cada mes unas por que se van, otras porque las echan. La dueña de casa tiene razón, la cocinera también. Esta porque ignora; aquélla porque exige. (Por 30 \$ no se puede saber ni mandar en una república de América). Pero el instinto previsor del hombre todo lo ha dispuesto en estos países americanos; ha dividido las poblaciones en manzanas de 130 por 130, es decir, en hoteles á los que se deben ennoblecer los fondos, la cocina común y sus dependencias hacia el comedor. Una manzana representa 45 hogares, 45 malas cocinas, 45 cocineras incapaces, 45.000 \$ de edificación y 1350 \$ de sueldo.

Huelga todo comentario respecto á lo que podría hacerse con 45.000 \$ para cocina y 1350 para chefs y lavaplatos al servicio de 160 personas. ¡Qué chef! Una cultura, un ingenio, un artista, sin necesidad de complicarnos en organizaciones discutibles como las de Bellamy. Nada más irrisorio que la educación doméstica concebida por algunos fieles á una tradición de esclavitud ó sometimiento; que exigir de la mujer una condensación de especialidades que se reparten el médico, el educacionista, el pedólogo, la casa de corte... Es cuando todo se hace mal y sin placer... Solo un recrudescimiento de las épocas en que las matronas también eran tejedoras, puede explicar teorías sustentadas por prácticas cada vez más anacrónicas. El hogar se reforma, sus tareas no son de la mujer, son de los especialistas en nombre de una ley inabitable: la división del trabajo y la economía del esfuerzo.

La mujer madre, que no representa sino el 15 % del sexo, tiene un período de 10 á 12 años y la amamentación no la inhabilita para el taller siquiera. No es el oficio que la deforma; es la mala higiene y el hambre. Esta gran suma de fuerza del bello sexo que no tiene aplicación ó se adapta mal á los quehaceres domésticos, ¿ha de ser un capital inerte como los tesoros ocultos en el hueco de las paredes históricas ó puede influir en beneficio del individuo, la familia y la especie? Aquí de los oficios, aquí de las capacidades femeninas.

¿De qué se ocupa la mujer hoy? Las hay cocineras, lavanderas, planchadoras, costureras, mucamas y hacendosas en el círculo doméstico, madres ó no, esposas ó no, de la familia ó no; talleristas, agricultoras, floristas, vendedoras, lecheras, peinadoras, modistas, educacionistas, farmacéuticas, médicas, cajeras, escritoras, artistas. Ha invadido muchos campos y es para la mano de obra una especie de japonés, competente y peligrosa, porque si no manda y la dirigen, es sumisa, exige poco, hace mucho y cumple bien. Un alto por-

centaje del sexo femenino exige tanta educación doméstica como el hombre, vive en el hogar tanto como el hombre, simplemente porque el hogar no necesita esa fuerza que muchos quieren adjudicarle á toda costa. Es exclusivamente femenino, no doméstica, sino materna la tarea de amamantar al hijo y sus primeros cuidados, que en nombre de la higiene y del vigor suele substituirse por el baya y la nodriza. En Estados Unidos hay 398 escuelas de nourses. Las capacidades femeninas han sido motivo de encontradas opiniones, desde tiempos difíciles de precisar, pero siempre disfrazadas á favor del hombre, sin considerar que la inferioridad de una aptitud no significa incapacidad, que la comparación individual, según la norma de los mejores, es acomodaticia y capciosa; que no se han comparado sino capacidades para ciertas operaciones cuya singularidad desautoriza toda generalización. Para advertir mejor tratemos su modo físico, intelectual y moral. Físicamente la mujer ofrece estados de salud buenos, tal vez mejores que el hombre, pues al decir de un médico francés, la mujer es un proceso anabólico constante, es decir, asimilador y constructivo, mientras el hombre es un proceso catabólico ó destructor de sí mismo. La mujer vive más que el hombre, consecuencia en parte de una vida más tranquila y defendida, consecuencia en parte de un organismo menos expuesto á las enfermedades.

De las investigaciones hechas por la Sección Pedagógica en las escuelas y colegios de La Plata, computadas por el señor Senet, constatamos en efecto menor talla en la mujer que en el varón, menos peso, menor fuerza, menor solidez y menor resistencia, pero las diferencias no son tales para declararla inepta para los trabajos. Porque si las Estadísticas de La Plata arrojan una mujer de 1.559 m. y un varón de 1.712 de talla; las de Bélgica dan hombres altos como nuestras mujeres. La talla, el peso y la fuerza, además, varían según la miseria ó bienestar; lo prueban las estadísticas de Mac Donald, Porter, Schuyten, Mackenzie, Nicéforo. Mientras nuestras niñas de 18 años dan una presión al dinamómetro de 24 kilogrametros, las de Europa censadas por Quetelet, dan 20.7.

El ejercicio físico, por otra parte, motivo de rubor y pecado hasta ayer, es hoy una práctica de vigorización tan común al hombre como á la mujer y cuya eficacia nadie discute. El exceso de esfuerzo, efectivamente, modifica sus formas; sus encantos se pierden; la estética una victoria de líneas inestables, de plasticidad efímera, de cuidados pueriles, de tocados y postizos, sufre horriblemente desde que los oficios viriles, como el cincel de Miguel Angel, imprimen rasgos enérgicos á las formas; pero el esfuerzo no la enferma ni la mata. Tal vez no necesitáramos ir lejos para verla en las labranzas al par del hombre. Pero hoy, el brazo ha delegado su fuerza en la máquina y la máquina no exige ni talento ni kilogrametros, sino cuidados para marchar. Puede parecernos mal que una mujer regule la marcha de un motor; que desde el asiento de la engavilladora guíe la yunta; que corte y cosa zapatos; pero no porque peligre su vida ó resulte defectuoso el trabajo, sino porque riñe con los hábitos y la poesía. La poesía es de tenerse en cuenta y creemos que la mujer moderna

puede hacer todo eso, que todo eso se lo pueda mover como en el taller de Villiers de l'Isle Adam, con botones y electricidad. Tal vez dos quintos de las mujeres púberes que habitan el mundo, en particular campesinas, desempeñan tareas que exigen fuerza muscular, atenuadas con las domésticas del tipo agrícola. La tendencia moderna, merced al uso de las maquinarias, es que la mujer ocupe en el taller un puesto de trabajo junto al hombre, pero no hasta el punto de compartir por igual la fatiga y los resultados. Todavía es en el hogar modesto, un elemento indispensable á la unidad, economía y conservación; es una cocinera, una mucaca, una modista que desempeña difícilmente sus muchas ocupaciones y educa mal á sus hijos. En las clases donde se dispone de una renta, la mujer no desempeña sino funciones de mando; vive en él lo menos posible y la familia conserva su unidad débil y desfigurada si la comparamos á la era patriarcal, porque padres, hijos, con frecuencia parientes y amigos, comen en la misma mesa, duermen en la misma casa y vela por todos un presupuesto. Pero nada más infundada ni menos lógica que esa educación doméstica que pretende de cada mujer un estuche de capacidades: menagère, higienista, enfermera, farmacéutica, cocinera, mucama, modista, jardinera, administradora, madre, y educacionista. Hermoso imposible, ejército innecesario de Penélopes á 30 siglos de Troya, que no desempeñan sino torpemente tantas ocupaciones comprometiendo la paz, la dicha y el bienestar de la familia que no se satisface como la de Ulises con un plato de caldo ahumado, una falda y un corpiño sin ajuste, y un té de menta para correr un dolor de estómago. La mujer, dedicada á un trabajo adecuado á sus aptitudes, contribuirá con su marido, con sus padres ó con sus hermanos, al fondo mensual para los gastos que ocasione, no la cocina, el taller, la farmacia casera, sino la cocina común de que hablamos antes, los vestidos confeccionados en los talleres, el médico y la educación, servicio que en manos del estado dejará sin hijos al hogar; ó bien dedicada, cuando una familia numerosa lo exija, á ordenar los servicios, no á suplirlos.

La inteligencia de la mujer, se ha dicho, es inferior á la del hombre; no es inferior, es diferente. En el campo de la psicología es una frase. El proceso mental es extenso, complicado, ofrece actividades diversas y aspectos diversos.

Su cráneo por cierto es más pequeño, su masa cerebral menos voluminosa, sus diámetros cefalométricos cortos, ¿Pero á qué centros afecta esta reducción? ¿Esta reducción es tal que entraña diferencias mentales profundas?

Absolutamente no. El cerebro del hombre pesa 1366 gramos, el de la mujer 1258. Pero ni todos los oficios exigen 1400 gramos de substancia nerviosa ni todos los hombres alcanzan esa cifra, ni pocas mujeres la exceden. Hay un rasgo peculiar al sexo, la centralidad. Ni genios ni idiotas, pero superabundancia de tipos medios. Los hombres superiores no alcanzan en el mundo á 100 mil. El resto confundiría sus capacidades mentales con las de la mujer si no tuviera esa fuerza de aplicabilidad, la impulsión.

Las operaciones del cerebro son receptivas, elaborativas y motri-

ces (percepción, idea y movimiento) con sus zonas corticales más ó menos localizadas. Escaso es el tiempo para exponer la serie de investigaciones pacientes y delicadas hechas en los laboratorios extranjeros y por nosotros para determinar el tipo mental de los sexos y sus diferencias. Pero nos bastará conocer los resultados para fijar las aptitudes. La mujer es eminentemente perceptiva, y ofrece de este punto de vista, sobre la generalidad de los hombres, una superioridad característica. Haced que observe durante cinco minutos una flor y os dará una suma de cualidades y detalles que no obtendríais del hombre; haced que ponga su atención en el obturador del mnemónomo y obtendréis un porcentaje de imágenes más elevado que en el hombre; dadle una poesía y su memoria os la reproducirá más fiel y rápidamente; sometedla al tiempo de reacción simple con elección, y el cronómetro D'Arsonval os acusará decenas de milésimos de segundo á su favor; someted sus sentidos á pruebas de atención y el cómputo arrojará á su favor menor número de errores; dadle que reproduzca una figura, una melodía, una página y tendréis siempre resultados más positivos con ella que con el hombre. Su sensibilidad trepida menos, sus sentidos y los centros corticales de sus sentidos, son privilegiados y maravillosos su atención, su memoria y sus reflejos primarios. Es detallista por excelencia y llegan sus ojos, sus oídos y su tacto á un poder penetrativo que el hombre, sólo alcanza por un tenaz ejercicio. De aquí que como telegrafista, escribiente, copista, tesorera, costurera, dibujante, artista, empleada, resulte mejor que el hombre, si se agrega su espíritu paciente y su escasa impulsividad que la hace más honrada, más puntual y menos subversiva. La comisión del centro agropecuario no ocupa en sus oficinas sino señoritas. Las hay buenas y malas. Como en el otro sexo. Todo está en elegir las capaces, como en el otro sexo.

El exceso de perceptividad por esa ley de reabsorción, empobrece las aptitudes elaborativas, aptitudes de creación y combate, debido sin duda, á esa quietud á que la especie por tanto tiempo la relegara. Si la damos que juzgar á César, su razonamiento sigue el camino de las sensaciones más intensas; si la entregamos el desmenzamiento de una idea abstracta, el análisis resulta incompleto y reducido; el desarrollo de un tema si rico en impresiones, es pobre en deducciones; la imaginación creadora es lenta y precaria. La asociación es de poco radio y de escasas relaciones mediatas; las síntesis son operaciones difíciles. Jastrow, Calkins, Zanner, han constatado como nosotros, preferencia de términos concretos á los abstractos en el proceso de asociación, es decir, el espíritu de objetividad sobrepuesto al del método. La composición femenina es descriptiva, sentimental, rica en datos y peripecias, pobre en analogías y metáforas que exigen lógica y prefiere, como dice la doctora Yoteyko, el sincronismo de las impresiones al de los acontecimientos que encadenan la causalidad al efecto. El espíritu crea así, el sentimiento de duda, elemento desfavorable á las soluciones motrices de orden superior, á la voluntad. La mujer no es ni inventora ni criminal como el hombre, es decir, el genio es en ella menos frecuente y más anómalo. Siendo menor su fuerza deductiva no puede definir como el

hombre sus situaciones, manifestando en muchos actos falta de criterio y desequilibrio psíquico. Aquellas ocupaciones, pues, que exigen una actividad constante de los centros de relación, complicados por el análisis de los hechos, no las desempeña en las actuales circunstancias sino el hombre; inventar, crear, dirigir; será una excelente química, una buena farmacéutica, una buena preparadora, una eximia catedrática, como ó superior al hombre, mientras no se exija á su cerebro la solución de un problema que importe una nueva ley, una nueva teoría, un nuevo concepto. Pero dirigiendo instituciones, administrando justicia, abogando, haciendo política, creando obras de arte, ciencia, filosofando, será una vencida. Exige un excitante; algo que temple su fé; entonces su actividad alcanza un despliegue maravilloso. Las excepciones es natural, abundan. Distingamos el que profesa la ciencia del que la hace. De que no haya entre las mujeres un Lavoisier, un Berthelot no implica su incapacidad para profesarla puesto que la química no exige, á cuantos de ella se ocupan, las aptitudes de Mendeleeff. No es necesario medirse con Wagner para ser músico; dentro del título caben ocupaciones diferentes por la naturaleza del trabajo que se desempeña.

Su limitada esfera elaborativa va acompañada de una disminución de la motricidad voluntaria ó impulsión en beneficio de la refleja, lo que hace de la mujer un sér excepcionalmente dotado para la imitación, fidelidad y exactitud de los movimientos, en consecuencia apta para trabajos como el bordado, la costura, la copia, el ritmo y torpe para los mítins, las revoluciones, las iniciativas, la ejecución de sus inventos.

El sentimiento, la afectividad, la pasión, contenidos psíquicos que influyen poderosamente en la formación de imágenes, en la formación de ideas, en la actividad del músculo, vibran intensamente en el alma femenina, pero en el radio de su perceptividad; si en ella ruge el odio no ruge el león. Quiere, quiere profundamente. Su afectividad es fácil ó rebelde empecinada solo cuando es objeto de ella el hombre. Su corazón es, en estos casos, un *fiore senza sbocciare*, un misterio. Tipo emotivo por excelencia, ofrece una dificultad más á la reflexión tranquila, á la impulsión serena, al mando acertado, porque todo esto desintegra primero las asociaciones superiores, aquellas que vigorizan el criterio. Pero esa emotividad es el pudor, es el recato, es la cultura, embellece su carácter, la adorna, la espiritualiza, favorece la especie, suaviza, calma, alisa las rudezas del hombre con el imperativo de sus delicadezas.

Del punto de vista moral, sugestiva, imitadora, afectiva y de una reacción poco violenta á los estímulos y á las incitaciones, no ha sido hecha, fuera del terreno histérico, neuropático ó pasional, para los crímenes de mucha ala; y así en su mundo interior, obra el pleno instinto de la honradez y la virtud; es capaz de sentir la impulsión no de la impulsión misma; del arrebato, no de la ejecución. El libro de Granier arroja el 13 % de la delincuencia total. De 100 condenados solo 14 son mujeres. Un autor, en presencia de la debilidad de la delincuencia femenina, se pregunta si existe un tipo criminal, si el sexo no ofrece sino criminales de ocasión. Su terreno moral pecaminoso tiene

juego dentro del cuento y la mentira, del disimulo y la vanidad con que cubre la ignorancia y ostenta el falso oropel de su orgullo, siendo tal vez esta la infantilidad de que habla Sully. La vanidad nos es necesaria, decía Julieta de Gonzaga á Solimán, porque à un certain point, c'est vice; mais, un peu en deça, c'est vertu.

La mujer desempeña en el mundo una misión moralizante, es algo así para el hombre como un regulador de presión, contiene los excesos de la impulsividad, desanuda los ceños y siembra en el corazón dichas y alegrías; como los líquidos oleaginosos, amortigua el furor de las tempestades. Por eso el sistema mixto de trabajo, no por la emulación, creencia utópica, sino por la morigeración, es la victoria del buen sentido. De cuanto se ha dicho, fácil es presumirlo, las aptitudes de la mujer para dirigir y para formar caracteres, operaciones que exigen un criterio amplio, una afectividad estable, una voluntad tesonera son antepuestos á las del hombre; si cooperadora, asegura el éxito; directora, lo compromete.

Desde que no puede dar lo que no tiene, la masculinización, debe preocuparnos el problema de la educación del varón hasta los 13 años por la mujer, desde el 1º al 6º grado; tal vez á ella se deba el retardo moral de nuestra juventud, ciertas anomalías notadas en su carácter y su voluntad. Pero, como momento de pase entre la acción de la madre y la del hombre, la primera infancia es para sus manos; solo ella puede interpretar esa inestabilidad del niño todavía pegado al regazo materno y solo ella puede adaptarlo sin violencia á las asperezas de un mundo nuevo.

Las capacidades y las profesiones plantean el problema de la preparación. El carácter de la enseñanza primaria y secundaria, es general y adquisitivo para el que tan brillantes aptitudes muestra la mujer. Estados Unidos ha abierto de par en par las escuelas al sexo y nuestra Constitución por no sé qué raro instinto previsor al proclamar libertades no distinguió sexos y en el soplo orgánico de 1813 rompió todas las cadenas hasta las que confinaban la mujer á su jaula de oro. Pero al fin jaula. Nada la impide instruirse, llenar escuelas, colegios y universidades; ocupar puestos, trabajar, escribir, pensar, arengar, seguir á su corazón y obedecer á su voluntad expuesta, es natural, como el hombre, á las contingencias de sus arrojios.

La mujer frívola es la mujer ignorante y barnizada. La cultura femenina, sobre todo femenina, está destinada á concluir en América la emancipación de las creencias que es algo así como la conquista diademada de la República, depurándola de credos atávicos que epileptizan los sentimientos y desconciertan la razón. Eso bastaría para que su instrucción fuera una obligación; pero constatamos con placer repletas de niñas las aulas del colegio argentino, ansiosas de saber y con disposiciones superiores al hombre para la asimilación, porque su tipo es adquisitivo y su tipo es disciplinario. La misma distinción espiritual, su gracia aristocrática y ligera, el sentido agudo y noble de la percepción hace de la mujer un sér didáctico. La escuela es su casa; en ella goza, en ella aprende, en ella trabaja, atiende, humaniza sus afectos, alcanza éxitos fascinantes que desconcertarían al hombre si no decidieran después, el gobierno de sí

mismo, la voluntad, la aspiración, otros horizontes y hondos pensamientos.

Lanessan, el ex-ministro, al trazar el programa de educación de la mujer moderna, tampoco distingue sexos porque es la cultura y no la profesión que exige de ella como del joven, nociones de la naturaleza y del método para conocerla: si estudia química en el Liceo no es para ser química sino para no ignorar una categoría de fenómenos peculiarísimos y disciplinar su lógica ejercitándola en procedimientos exclusivos de una ciencia. Cultivar sus aptitudes no es atosigarla de conocimientos; comprender no es aprender. Apenas esa cultura general es necesario completarla con lo que Schuyten llama Educación Doméstica, no con el objeto de adjudicarle diez ó doce profesiones, sino para ocupar un rango honorable en el hogar como madre y como administradora. A esta educación preparatoria sucede otra distinta adaptada á los gustos y necesidades de cada una. Desde que es accesible á casi todas las profesiones y toda profesión exige una capacidad cultivada, las escuelas profesionales de tipo doméstico, comercial, industrial, pedagógico, liberal, deben ser para ella como para el hombre, centros de especificación. Nuestro país no ensaya y como en la América del Norte la mujer y el hombre confunden en los mismos recintos de instrucción ó de trabajo, sus aptitudes, sus aspiraciones y sus éxitos.

No vacilo en afirmar, dice el doctor J. V. González, que la afluencia de alumnas á nuestros institutos constituirá para ella y para la República, una nueva fuente de energías antes desconocida. El horizonte de la acción social de la mujer ha sido muy limitado en nuestros pueblos latinos y apenas si se sospechaba la posibilidad de verla ocupar una vasta porción del campo del monopolio masculino. Se ha notado en la experiencia escolar y en los estados más intensos de la psicología y fisiología, que es adaptable á la mayor parte de las ocupaciones que requieren concentración de la mente ó asiduidad y disciplina en la labor y que gran número de funciones en lo más perfeccionados servicios públicos del estado, de las compañías ó de las empresas privadas pueden ser desempeñadas por oficiales, obreros y aún directores femeninos con ventajas económicas y técnicas indudables. El destino de la mujer cambia cada día con la complicación de la vida y su personalidad se completa en la realidad y en la acción por su mayor cultura, que destruyendo los prejuicios, le permite buscar su soberanía, su defensa en sus propias aptitudes.

Del punto de vista de las capacidades, la división del trabajo por sexos no es siquiera un problema, mientras la mujer no asuma una actitud directriz y haya escuelas que la especialicen. Del punto de vista de las especialidades, nada justifica esa condena estrecha al ara doméstica donde sobra, á menudo, para la que á menudo carece de inclinación y de aptitudes. Del punto de vista social y económico, la mujer es en todas las carreras, en todos los oficios, en todos los actos, la fuerza que coopera y el peso que equilibra.

Ni los prejuicios, ni las prevenciones, ni las críticas ya inocuas como la ferocidad de las hienas pintadas, contendrán sus deseos de trabajo, su paso hacia todas las actividades, el noble instinto de ser útil y

vivir sin mendigar. Por otra parte, esta irradiación incontenible, fatal de la actividad femenina como todo fenómeno de la naturaleza, obedece á fuerzas emergentes de la estructura honda y complicada de las cosas que escapan al poder circunscripto del hombre. Explicaremos la mujer moderna, no la haremos, aún capacitados para dictar leyes que favorezcan ú obstruyan sus aspiraciones. El orden, como dice Lucrecia á Plomberge, que la naturaleza ha establecido en el Universo, seguirá su curso. Si la mujer no debe construir puentes ó escribir óperas, es inútil que se lo prohibamos.

Tengo la visión de un país animado como por un elixir mágico. Sembradas sus llanuras de ciudades, febricitante desde la cordillera al mar, rico y dichoso, fuerte y dichoso, dominando las cosas, imponiendo la vida, sintiendo en su corazón las misteriosas palpitaciones de su grandeza. Sus horizontes abiertos al trabajo, las luchas del pensamiento nobles, agitadas y canoras; en alto la justicia; la felicidad en cada corazón, de vuelo recto y majestuoso los sueños, acumulados en el inmenso anaquel de su núbil experiencia, las victorias de todos los pueblos, floreciendo en sus jardines las primaveras de todas las civilizaciones. El pueblo no será aquí «un mito hecho de cicatrices y de harapos, con las manos atadas por la iniquidad de las leyes hechas en su nombre y la boca sellada por el silencio de las grandes piedras espatorias». Libres, hacia un gran destino, gobernados por supremos ideales bajo esa tela ornamental y protectora de oro y seda que se llama paz, el hombre y la mujer compartirán las fatigas del trabajo y las satisfacciones de la vida como dos seres iguales tras un pensamiento: la especie.

Madre, entregada á los cuidados de su hijo; esposa á los de su hogar, no víctima de cien ocupaciones, esclava de sus ineptitudes, agriada contra las cosas, desencantada de la vida, requiriendo al templo de la Piedad un vaso donde verter sus lágrimas que son la condenación inapelable del hombre y la familia; sino alma del orden, administradora excelsa, orgullo del comedor, la alcoba y la sala; gesto de bondad, verbo de cultura para que el hogar sea un refugio tranquilo y reparador donde no lidien la pasión, el odio, la calumnia, ni se críen aves de presa.

Y veo sus innumerables energías, multiplicadas, el espectáculo portentoso de la mujer educada como el hombre para todos los oficios, para todas las carreras, actuando de fuerza morigeradora en todas las cooperaciones; de empleada y nada más que empleada; ó de médica y nada más que médica, ó de maestra nada más que maestra; ó de cocinera, nada más que cocinera. Una cocinera amable, instruída, limpia casi una delicia, convencida de los destinos confiados á su talento, fuerte en sus dominios y en sus dominios respetada. La veo móvil y victoriosa en todos los talleres, en todas las cátedras, en todas las oficinas elaborando y perfeccionando, pieza en todos los rodajes, un claror en todos los destinos, una ola de esplendor en todas las fosforescencias del progreso.

VÍCTOR MERCANTE.